

Frente a las lisuras y los insultos

Lo cierto es que hoy, el uso de las lisuras parece haber aumentado y ser parte del lenguaje cotidiano, no solo de los adolescentes. **Si queremos hacer algo para corregirlo, es necesario entender primero por qué ocurre esto, y para ello revisar la función que este tipo de palabras cumple.**

El lenguaje vulgar en general y los insultos en particular, dependen de la intención del hablante y del contexto en que ocurren. Intervienen factores circunstanciales, ambientales y características de la historia personal, del medio familiar y cultural de cada uno. **En este sentido, es necesaria una primera distinción entre la procacidad y el insulto.** La primera hace referencia a una forma de comunicación coloquial sin ánimo de injuria personal. Puede ser una interjección, una idiosincrasia o característica de un individuo o de una colectividad.

En cambio, el insulto sí respondería a una intención de agresión explícita, que responde a otras motivaciones que buscan violentar a una segunda persona o descalificar a un tercero. Aun así, encontraremos apelativos agraviantes que carecen de este componente, sino que expresan complicidad, reconocimiento, pertenencia, incluso simpatía, confianza e intimidad.

Una razón que lleva a insultar es la agresión. **Al no tener suficientes recursos psíquicos para saber lidiar con los propios impulsos, muchas veces se expresan con insultos.** Así, en un conflicto con otro, es probable que lo agrede verbalmente con un vituperio, con el riesgo o la esperanza de que la violencia empeore. Estas palabras

cumplen, en esta edad, una función de descarga que, si bien pueden no ser socialmente muy aceptadas, constituyen un recurso menos extremado que la violencia física, aunque suele anticiparla. Incluso, podríamos decir que la descarga verbal es una forma sublimada, es decir más desarrollada, de un impulso primario de agresión física, cuando no una provocación.

Decir lisuras puede también cumplir la función de expresar emociones que no pueden verbalizar de otra manera. Las interjecciones suelen exclamar una impresión súbita o un sentimiento profundo. Las groserías acuden en su ayuda y se convierten en el medio que les permite condensar las distintas emociones que aún no son capaces de identificar con claridad. **Se puede decir lisuras si uno está muy molesto, pero también si está muy contento, si está sorprendido, si está asustado, etc.** La palabrota puede convertirse, en este contexto, en un primer paso dentro del proceso complejo de ponerle un nombre a las diversas emociones.

Una manera de utilizar el lenguaje vulgar es como un código de comunicación, como una jerga. **En muchos contextos, la lisura está inmersa dentro del discurso sin una intención o una carga emocional específica. Son en cambio apoyos lingüísticos que otorgan identidad como grupo generacional y facilitan la comunicación entre sí.**

Los niños obviamente están en proceso de adquirir su autocontrol y de aprender a relacionarse con su entorno de manera armónica y empática. Es normal

que no siempre sus reacciones a los conflictos con el otro sean atinadas. Es necesario estar atentos a estas reacciones para poder ayudarlos a modelarlas de la mejor manera.

Es importante analizar a qué recurren para reaccionar; de hecho las lisuras no son un recurso tan natural en niños pequeños y habría que ver por qué aparecen, dónde las escuchan y cómo las van incorporando a su lenguaje para poder poner remedio a esto.

¿Qué debe hacer entonces un adulto frente a las lisuras o insultos de un niño?

Si son una descarga impulsiva o una expresión de emociones, será importante que el adulto pueda traducirlas en palabras y validar sus sentimientos si fuera el caso, a la vez que ayude al niño a encontrar la manera de expresarlas mejor, entendiendo que las lisuras no favorecen el entendimiento por los demás. Los padres y maestros deben transmitir un mensaje claro respecto a la impertinencia de estas palabras en el lenguaje de sus niños, especialmente cuando se usan como recursos para insultar y agredir.

Los niños suelen usar lisuras que no comprenden y cuyo impacto por tanto no pueden medir. La empatía es un valor que debe ser fortalecido, en beneficio de las propias relaciones interpersonales. **En tanto haya un adulto que pueda ayudarlos a entender la sensibilidad ajena a sus expresiones, los niños podrán ir controlando y diferenciando con mayor cuidado aquello que dicen, cómo lo dicen y a quién se lo dicen**, aspectos cruciales en el comportamiento y la comunicación. Los niños deben aprender a respetar los límites y entender lo que está permitido en la interacción con los pares, con los adultos y con la autoridad.

Definitivamente, este proceso de regulación del uso del lenguaje en los niños se apoya en gran medida en los modelos de identificación que encuentre en su entorno; además de los medios de comunicación y los compañeritos, son especialmente influyentes los modelos adultos, sobre todo, el modelo parental. Será mucho más difícil aprender el control de los exabruptos verbales en un hogar donde prolifera la “boca sucia”, el insulto agresivo.